

puede decir que el fuerte de Ingenieros existe á medias. En la noche se trabaja bien para medio reponer los parapetos en algunas partes, pero todo se destruye en poco tiempo de cañoneo y no se puede estar en el fuerte, pues hay mucho riesgo.

*Salida de Ingenieros de la Brigada Patoni
sobre las paralelas enemigas.*

A las cinco de la mañana se prepara una gran salida de Ingenieros con la Brigada Patoni y un pequeño batallón de Guerrero, contra las paralelas, pero se dió contraorden. Sin embargo, á las diez y media sin preparación alguna por la artillería, sale violentamente la pequeña Brigada y se arroja sobre las paralelas. La de delante es tomada, y nuestros soldados marchan contra la siguiente, pero acudiendo unos mil franceses que estaban en las paralelas y demás trincheras, rechazan á nuestros valientes soldados con grandísimas pérdidas, y al retirarnos sufrimos mayores. El General Patoni, Jefe de la Brigada, los Tenientes Coroneles Lalanne y Sánchez Ochoa, el Capitán Francisco Hernández, se han portado brillantemente; las tropas con sus jefes y oficiales, nada han dejado que desear.

¿Quién ordenaría una salida tan descabellada á las diez y media de la mañana y con sólo unos 500 ó 600 hombres, sobre trincheras y artillería en posición, sostenidas por reservas de más de mil hombres y sin haber preparado la salida con el fuego de nuestros cañones? Unos dicen que la ordenó el General en Jefe, y otros que el General Patoni la solicitó. Sea lo que fuere, y á pesar de lo bien que se han portado los batallones de

Chihuahua y Durango, no ha sido aprobada generalmente dicha salida por los jefes superiores, ni aun por los oficiales subalternos. Es verdad que también salieron tropas del Carmen y del fuerte Zaragoza para llamar la atención del enemigo, pero estas no lograron más que perder gente y retirarse inmediatamente, pues no podían hacer otra cosa.

En la tarde ha llegado á Analco una reserva como de 800 hombres y una batería. Entre estas tropas hay algunas de Guerrero y Chiapas.

Día 14 de Mayo.

El fuego sobre Ingenieros sigue como en los días anteriores. El enemigo perfeccionó lo que podemos llamar su tercera paralela, y ha acabado de construir todas las baterías que había comenzado. Inútil es ese trabajo, que no lo necesita, pues el fuerte está ya muy arruinado. El enemigo también nos ha cañoneado en toda la línea, pero pausadamente. En la tarde, silencio general.

A medio día hubo suspensión de fuegos para levantar los muertos de ayer en la salida de Ingenieros.

Es muy notable que el enemigo trabaje tan despacio en sus paralelas, y que en cambio tire tanto cañonazo sobre el fuerte. Esto hace presumir que quiere destruirlo completamente para que lo abandonemos y ocuparlo sin resistencia. Se pegará chasco, pues habrá resistencia tenaz, si es que antes no nos rendimos, como tendrá que suceder, pues ya las municiones tocan á su fin.

*Salida entre Santa Inés y el Carmen
con objeto de traer harina.*

Entre Santa Inés y el Carmen y cerca de este, ha habido anoche unas salidas, aunque sin separarse mucho de nuestras fortificaciones, por batallones de Zacatecas y por las brigadas de los jefes Escobedo y Régles. Dicen que el objeto fué traer un depósito de harina que se encontraba en un lugar cercano á la línea enemiga.

Los franceses ocuparon anoche, en pequeño número, la casa cercana al Molino del Carmen. En las primeras horas de la mañana lo recobró una fuerza de Zacatecas.

Dícese á medio día, que ha sido grande el depósito de harina encontrado, y ya se hizo anoche mismo el reparto para las tropas y para la población, así fué que hoy comimos pan. Sea bien venido. Ojalá y sea tan grande ese depósito, como se cuenta; pero, ¿y las municiones? Respecto á estas, ya se han recogido en los fuertes y líneas no atacadas, para traerlas á los que lo están. El Guarda-parque Rivera á quien pregunté sobre lo efectuado, me dijo que ya casi tocan á su fin. Ahora sí creo, que ya se acerca el desenlace del Sitio.

Día 15 de Mayo.

Seguimos comiendo pan, aunque malo. Sólo tres panaderías trabajan para el público, así es que en ellas se agolpa la gente. Allí se empujan, se maltratan, se

pelean, lloran las mujeres por pasar adelante y poder comprar una torta; allí hay desórdenes estupendos, á pesar de las guardias. Pronto se agota el pan que se hizo y se cierran los expendios.

Sigue el cañoneo sobre Ingenieros y algo al Carmen; algunas bombas dirigen sobre la ciudad, que causan dos incendios. Hoy á vuelta á tirar el *Toro* (cañón de la calle de la Santísima).

Se han visto pasar dos grandes convoys que le llegaron al enemigo, desfilando uno por detrás del cerro del Tepozuchil y camino de Totimehuacán, rodeando por el Sur, y el otro por el pie del cerro de Amalucan, rodeando por el Norte.

Toda la guarnición está inquieta y en expectativa de lo que puede ocurrir, pues se sabe perfectamente nuestra situación, la cual no puede prolongarse. Cualquier movimiento de tropas, cualquier noticia, es comentada de mil maneras; sin embargo, hay todavía ánimo y fuerza de voluntad para pelear.

Día 16 de Mayo.

A las ocho de la mañana comienza un fuego terrible de cañón, que dura hasta las diez. Los efectos han sido tales, que ahora sí casi todo el fuerte está inútil. Imposible es permanecer en su interior, ni en los frentes atacados, y sólo se puede estar en los fosos del lado que vé á la Plaza, cubriéndose con el parapeto al cual se le ha hecho banqueta para el acto del asalto. Los cañones, *todos sin excepción*, han sido desmontados.

En la tarde, silencio general, por nosotros y por el enemigo. Se aguarda el asalto de un momento á

otro y ya está todo preparado para recibir al enemigo.

El General Mendoza, Cuartel Maestre, va al Cuartel General Francés, y dicen que es para tratar de la salida de la Guarnición con sus armas, pero no se cree que admita el General Forey, cuando no ignora nuestra situación. Vuelve el General Mendoza, y se cuenta que sufrió una tremenda caída de su caballo, en una zanja. Todo el mundo está impaciente y nervioso en espera de la resolución del General González Ortega, que tiene que ser pronta, en vista de lo que haya hablado el General Mendoza con el General Forey. Hay junta de Generales, pero se ignora lo que han acordado.

Mi humilde opinión particular es, que ya no es posible romper el Sitio por los motivos siguientes: el enemigo ha acercado y perfeccionado su línea, y nos tiene cercados y estrechados completamente; nuestro ganado, ya reducido, está flaco y sin fuerza, á causa de la poca, mala é irregular comida; nuestra tropa, con el pésimo y poco alimento por tanto trabajo de zapa, desveladas, permanencia de parte de ella á la intemperie y tirantez cerebral, peleará, pero sin vigor; á esto se añade que no tenemos municiones suficientes para dotar á nuestros soldados para la salida, la cual había de equivaler á una reñida batalla, contra tropas tras de parapetos.

Preparación para finalizar el Sitio.

Entre una y una y media de la mañana, recibimos orden los Jefes de Artillería de presentarnos inmediatamente al General Paz que se hallaba en Santa Clara.

Fuimos en el acto, y allí, después de habernos explicado claramente y en pocas palabras la situación de la Plaza y lo acordado en Junta de Generales, nos comunicó la orden siguiente: de las cuatro y media á cinco de la mañana, romperíamos todos los cañones y montajes, y quemaríamos ó inutilizaríamos las municiones que nos quedaban; el personal de las baterías de artillería nos serían disueltos, y todos los Jefes y Oficiales iríamos al atrio de Catedral donde nos constituiríamos prisioneros. Nos dijo que la orden se comunicaba en esos momentos á todas las Divisiones para que rompieran igualmente sus armas á la misma hora y se disolvieran, etc. En seguida se procedió á la entrega de cuñas, piolas largas, mechas, etc., y cuanto era necesario para romper los cañones, haciendo el General Paz una explicación, para facilitar la rotura de éstos. A los Jefes que no pudieron ocurrir, porque no se podían separar de sus puestos, se les mandaron comunicar las órdenes, y se les enviaron los útiles. El General aparentaba serenidad, pero había momentos en que la emoción no lo dejaba hablar.

Imposible describir estos actos; todos guardábamos silencio. Cuando acabó de hablar el General y que se entregaron los útiles, expresamos nuestras opiniones en pocas palabras: sin excepción conveníamos en que no se podía continuar la defensa, y estábamos ya vencidos por la falta absoluta de víveres y municiones y la ninguna esperanza de que nos entrara á la Plaza algún convoy; y sin embargo, se nos hacía bastante triste el ser prisioneros dentro de algunas horas. Estábamos presentes: el General García, los Jefes José Juan García, Manuel Inclán, Isidoro Santelices, Zefirino Rodríguez, Dionisio Aragón, Manuel Berna, Fran-

cisco Castañeda y yo; Capitanes Platón Sánchez, Guarda-almacén general José Antonio Trigos, Guarda-almacén Guillermo Palomino, Pagador Manuel Azpe, Guarda-parque Juan Rivera, dos de los Ayudantes del General Paz, que lo eran Bravo (Capitán), un Guarda-parque Carlos Curtis, y un Ayudante del General García que era el Capitán Ferrer. Había otros que no me acuerdo. Nos despedimos y nos fuimos á nuestros puestos.

Yo fuí á la Merced donde tenía una batería. Eran cerca de las tres de la mañana. A mis oficiales, lo mismo que á los de las calles de la línea les comuniqué las órdenes y les dí instrucciones.

Las reflexiones respecto á nuestra situación, me ocuparon la hora y media que nos separaban del cumplimiento de la orden. No hay duda, me decía yo, que lo dispuesto es lo mejor; así, la rendición es un acto de valor. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? La rotura del Sitio la veía yo imposible; la continuación de la defensa, imposible también; nuestros hospitales llenos de heridos y enfermos, sin tener ya alimentos ni medicinas que darles; el enemigo, en vísperas de darnos un asalto tremendo que podría proporcionarles la toma de la Plaza por causa de nuestra carencia absoluta de municiones; veía yo á nuestros soldados, y aun á algunos oficiales, extenuados, muchos de ellos macilentos por el hambre y la fatiga, y con el vestido hecho pedazos. Conservábamos, sí, gran dosis de moral para obedecer y sufrir, pues jamás se oyó una sola queja, ni nadie se resistió un momento á batirse en ninguna circunstancia; pero esto era un esfuerzo heroico de patriotismo, de disciplina, de dignidad y de amor propio, y aunque nadie se quejaba, sin embargo, en las con-

versaciones íntimas entre Jefes y Oficiales, se notaba ya el decaimiento para continuar la lucha, y es seguro que entre la tropa pasaba lo mismo. En fin, son las cuatro; vamos pues, me dije, á cumplir las órdenes recibidas; aun somos dueños de la Plaza de Puebla.

Día 17 de Mayo.

Fin del Sitio.

Poco después de las cuatro y media de la mañana, se oye una fuerte detonación en el fuerte de Loreto, donde está Platón Sánchez, á la que siguen inmediatamente otras muchas. Parece, que sin avisarnos, todos habíamos escogido esa hora. Las detonaciones se suceden. Amanece, y el cuadro que se nos presenta, no puede ser más desolador. Soldados rompiendo sus armas; oficiales destruyendo las que habían quedado enteras, pues muchos soldados en el momento en que se comenzó á romperlas, las arrojaron y escaparon; las calles llenas de soldados que se quitaban el uniforme; la población azorada y asomándose á los balcones y ventanas. . . . En algunos fuertes y edificios, según la orden recibida, ondeaban banderas blancas.

El enemigo, sorprendido de lo que oía y veía, tomó las armas y se puso en estado de rechazar una salida desesperada; pero comprendiendo luego lo que pasaba, comenzó á salir poco á poco de sus obras, presenciando admirado nuestra decisión; los franceses que estaban solamente separados de nosotros por el ancho de la calle, salían á ella y se acercaban poco á poco con gran precaución, ocupando nuestras man-



GENERAL DE BRIGADA FRANCISCO P. TRONCOSO.

zanas; otros, por las calles, avanzaban siguiéndonos paso á paso á distancia de ochenta ó cien pasos, á medida que íbamos rumbo al centro, haciendo alto luego que nos alejábamos de nuestros parapetos y puntos fuertes; los que estaban frente á nuestros fuertes, salían de sus trincheras y contemplaban silenciosos el espectáculo.

Yo rompí prontamente mis cañones en la Merced y calles cercanas y me dirigí á la Plaza rodeando por San Agustín. Allí me encontré á Pancho Castañeda muy colérico, porque los obuses de 15 y de 16 centímetros, no podían romperse; le ayudé y logramos reventar dos, pero como ya los franceses habían ocupado San Agustín y estaban en la misma calle, tuvimos que retirarnos, junto con los oficiales de artillería, Capitán Ignacio Bravo, Tenientes Lombardini y José Cortés, y Subteniente Luis Zamora, que habían ya roto sus cañones en las calles de los costados de San Agustín. Al pasar por la bocacalle de Peñas, ví al Teniente Coronel Luis Terán, que con tres oficiales y dos sargentos, estaba rompiendo fusiles. Como es de grande estatura y fuerte, los tomaba de á dos ó tres, y los rompía contra la banqueta. Le dije que era preciso retirarse, pues los franceses habían ocupado San Agustín y estaban en el principio de la calle. Al estarle hablando sonó un tiro, y vimos caer mortalmente herido al Capitán Moro del Moral, que era uno de los que acompañaban á Terán en la rotura de las armas; el desgraciado había tomado un fusil por el extremo del cañón, y revoleándolo, había golpeado á guisa de masa, contra la banqueta, para romperlo, pero estando cargado el fusil se había disparado, entrándole á Moro del Moral la bala entre el pecho y el estómago; apenas nos

habló unas cuantas palabras, y expiró.—Vámonos; dijo Terán. Nos dirigimos á la Plaza y encontramos á los Generales, Jefes y Oficiales, que ya habían llegado; estaban unos en grandes grupos frente al atrio de Catedral, otros en el Obispado (casa de la esquina), que ocupó durante el Sitio el Cuartel General. Allí nos buscábamos los amigos y formábamos pequeños grupos, comunicándonos lo que á cada cual había ocurrido. Yo busqué en el acto al General Paz, y le dí parte de lo que hice y de lo que ví, respecto á la rotura de armas; con el General estaban casi todos los Jefes de artillería, que también habían ido á darle parte. El resultado ha sido, según parece, que apenas un poco más de la mitad de los cañones es la que ha sido destruída. (1) Esto no ha consistido en el poco tiempo disponible; sino en que muchos cañones no estallaban con la primera cargada, y en que gran número de los soldados artilleros recibieron con enojo la orden de romper las piezas y lo hacían de mala gana. Ahora bien, haber comenzado la operación más temprano, era exponerse mucho, pues los franceses desde que oyeron las detonaciones, se nos acercaron á cortísima distancia y algunos cañones se rompieron casi á su vista. Sin embargo, la mayor parte de la poca pólvora que existía, fué quemada ó inutilizada, y grande el número de cañones destruídos.

Como á las siete y media entran á la Plaza patrullas de caballería francesas y llegan unos Jefes y Oficiales franceses á conferenciar con el General en Jefe. A las nueve nos ponen una guardia de infantería en el Cuartel General, y una sección de cazadores de Africa en la Plaza de Armas. Poco después de las diez entran tam-

[1] Después supimos que fueron ochenta y nueve.

bién á la Plaza, viniendo por la calle de Capuchinas, unos Jefes de los de Márquez; al llegar éstos á la esquina del Obispado, todos los Jefes y Oficiales nuestros que se encontraban en los balcones y en la azotea, les gritan horrores, les silvan, y aun les tiran algunas piedras. Una patrulla de cazadores de Africa los hace retirar.

A las diez de la mañana se produce un gran desorden entre nosotros; todos corremos á uno y otro lado; los que estaban en el patio suben violentamente á los altos; unos sacan sus espadas, otros sus pistolas; por fin se aplacan todos. Este desorden fué causado por la llegada de un refuerzo á la guardia francesa á la puerta del edificio, á cuya guardia se puso á regañar en muy alta voz un General francés, (rubio, delgado y bajo de cuerpo); algunos oficiales nuestros dijeron que nos iban á desarmar, á llevarnos presos, á bayonetearnos ¡qué sé yo! y corrieron hacia el interior y las escaleras, lo cual causó el desorden, que se propagó á todos; aun la guardia se alarmó bastante al ver las carreras y la sacada de las armas.

A las once de la mañana nos da orden el Cuartel Maestre al Teniente Coronel Luis Terán y á mí, para que fuéramos á San Agustín en unión de dos oficiales franceses, á fin de que, Terán como jefe que fué del punto y yo como oficial de Ingenieros en el mismo, dijéramos donde estaban las minas. Fuimos en efecto, y les explicamos todo á un oficial de artillería y á otro oficial de Ingenieros, que se encontraban con unos soldados de zapadores. Esos oficiales alabaron nuestros trabajos, tanto de las minas, como de las fogatas pedreras y las diferentes obras de fortificación, tan fuertes y originales. Nos preguntaron que ¿cómo era que

estando acabadas las galerías y todo listo, no les hubiéramos dado fuego á las minas? Les respondimos, que todas esas minas estaban concluidas desde el día 4 con objeto de darles fuego el 5, pero que la falta de pólvora nos lo había impedido. Uno á otro se miraron, como quien dice: ¡de buena escaparon los que se encontraban sobre las minas! Preguntaron también, donde estaban las bombas enterradas, como las que había en San Javier, pero les dijimos que no existían. Nos trataron muy bien y con mucha deferencia, fijándose en que estábamos armados; les explicamos que el General Forey nos había concedido que conserváramos nuestras armas, por lo cual nos felicitaron. Nos invitaron á tomar una copa de coñac, y aunque ni Terán ni yo somos afectos á la copa, admitimos porque no creyeran que los desairábamos; después de algunos cumplidos y saludos, nos retiramos, siempre acompañados por dos oficiales.

Pasamos en medio de mil noticias todo el resto del día. Ya se decía que nos dejaban en libertad; ya que nos iban á repartir en varias prisiones; ya que nos iban á mandar á la Martinica ó á Francia; ya que íbamos á San Juan de Ulúa, etc., etc.

Muchas familias de los Jefes y Oficiales, los amigos y los conocidos, han venido á visitarlos.

Hemos notado que algunos Generales, Jefes y Oficiales no se han presentado.

Después de la tirantez de la mañana, ha venido una especie de indiferencia completa para todo. Es que el cuerpo y el alma descansan. ¡Ya era tiempo!

El General Forey manda decir al General González Ortega, en la tarde, que necesita saber donde están los lugares en que se tenían los parques de la artillería.

ría. El General Paz envía á Trigós y á Rivera, con unos oficiales franceses.

Desde las diez de la mañana han estado trayendo á la Plaza de Armas, donde los aparcen, todos los cañones de batalla y de montaña, así como los montajes que han quedado buenos. Según dije antes, se ha sabido, por lo que nos contaron Trigós y Rivera, que los franceses tomaron 83 útiles, por consiguiente se rompieron ó inutilizaron 89, puesto que en la Plaza había 172, aunque no todos en completo servicio.

Así pues, el Sitio concluyó, y á fé que ha concluido bien. Los franceses alaban el acto de romper las armas y dicen que por esto nos han concedido quedar con nuestras armas. He aquí una situación rara la nuestra. ¿Qué dirá el Gobierno? ¿Qué dirá el País? ¿Qué dirá el mundo? Porque no es una pretensión tonta la nuestra el decir que todo el mundo tiene sus ojos puestos en México, y por consiguiente en Puebla. ¿Treinta y tantos mil franceses detenidos más de dos meses ante una Plaza habilitada de guerra y con fortificaciones de tierra? ¡Eso no era posible! Y sin embargo, es lo cierto. Ya veremos en qué para esto.

Los franceses se han admirado al ver que hay tantos Jefes y Oficiales y aun Generales muy jóvenes entre nosotros.

Día 18 de Mayo.

Seguimos en el Obispado, y á nadie deja salir la guardia francesa, pero permite que nos visiten las familias y paisanos.

Hemos pasado una noche toledana, pues no tene-

mos más abrigos que nuestros capotes ó plaids, ni más camas que el sucio suelo, y algunas puertas y ventanas no tienen hojas.

Nos han dicho que el Coronel Gagern con trescientos hombres del batallón llamado "Zapadores de San Luis," trató ayer de forzar el Sitio, y fué hecho prisionero con todo el batallón. Locura honrosa, pero al fin locura, pues era imposible romper el Sitio, no digo con tan poca fuerza, pero ni aun con otra mucho mayor, y á semejante hora y circunstancias. Ahora bien, puesto que toda la Guarnición se sujetaba á lo dispuesto por el General en Jefe y Junta de Generales, no había más que someterse á ello. ¿Puede un Jefe, en semejantes circunstancias, hacer lo que Gagern? La cuestión se presta á reflexiones, que mi cabeza no está para hacer en estos momentos.

A las diez de la mañana nos traen unas actas, para que, si estamos conformes con su contenido, las firmemos. En esas actas se dice, que se nos concede la libertad en determinada zona, si nos comprometemos á no tomar parte en la guerra, mientras ésta dure. Nadie quiso firmar, lo que ha contrariado á Forey.

Como ayer y hoy, según he dicho, nos han venido á visitar muchas personas, bastantes Oficiales han podido burlar la vigilancia de la guardia, vistiéndose de paisanos, y se han escapado.

Muchos Jefes y Oficiales no se han presentado prisioneros, y ya nos vienen noticias de ellos; están escondidos, para salir de Puebla en primera oportunidad.

Nos cuentan que han caído prisioneros gran número de nuestros soldados, y que los han dado de alta en las fuerzas de Márquez, con los que cuenta ya con una División de más de 7,000 hombres.

Son tantas las noticias que corren respecto á lo que harán con nosotros que ya nada se puede creer.

Día 19 de Mayo.

A las diez de la mañana nos traen al Convento de la Soledad, á los Jefes y Oficiales de los grados de Coronel á Subteniente. Los Generales y sus Ayudantes quedan en el Arzobispado, pasando después á una casa de la calle de Victoria. Es muy chica la Soledad para tanta gente, así es que estamos como sardinas.

Estando varios de los Generales en los balcones de la casa que ocupan en la calle de Victoria, han presenciado una escena muy chusca, que fué la siguiente: había llovido en la tarde, y el paso de una acera á la otra se hacía por la *pasadera*. Dos sacerdotes que llevaban puestos sombreros llamados de teja, al llegar á la *pasadera*, se encontraron con tres zuavos; éstos les cedieron el paso y se quitaron políticamente las calotas; pero se ponen á cantar en alta voz "Don Basilio, il mio Signore" del Barbero de Sevilla. Los dos sacerdotes les dirigen miradas furiosas y se alejan precipitadamente, pues notaron que eran vistos, no sólo por los Generales, sino por muchas personas que estaban en los balcones de las otras casas y en la calle. Mucho rieron los que presenciaron la ocurrencia de los zuavos. Esto nos fué contado por Rafael Echenique, ayudante del General en Jefe, que nos llevó un recado de parte del mismo.

El General Porfirio Díaz ha venido á vernos, custodiado por un oficial francés. Le hemos hecho un recibimiento entusiasta y espléndido. Con vivas repeti-